

imponerle un cambio de política y de ministerio. La camarilla del conde de Artois entregó al conde Orloff, ayudante del emperador de Rusia, que iba á salir de París, una memoria para Alejandro, en que se le indicaba el mal y el remedio para la monarquía francesa. Se dijo al portador que del éxito de aquel documento dependía la suerte de las instituciones, que era indispensable que Alejandro se enterase en seguida de su contenido, porque Francia estaba abocada á una segunda revolución. Soldado más bien que hombre político, el conde Orloff tomó en serio aquellas exageraciones; apresuró su marcha, y hallándose de paso en Stuttgart, en que residía una hermana de Alejandro, reina de aquel pequeño Estado, anunció á dicha princesa que había dejado á la monarquía rodeada de los mayores peligros, y que un *papel* que llevaba para el czar explicaba la situación.

Un correo, enviado inmediatamente por la reina de Wurtemberg al príncipe de Metternich, llevó la noticia á Viena, de donde corrió á Berlín y á Francfort. En todos estos puntos se esperó con impaciencia el correo de Francia; partes y cartas continuaron acusando la tranquilidad más completa. Llegó el rumor á París: Decazes interrogó con insistencia á M. Galatín, ministro de Wurtemberg, sobre las causas de aquel rumor extraño, insistiendo sobre todo en que le explicase en qué consistía el *papel* misterioso de que había hablado el conde Orloff en la corte de Stuttgart. «Será esta *Memoria*,» contestó el encargado de negocios de Wurtemberg, presentando al ministro de Policía un voluminoso manuscrito, que era, en efecto; una de las copias sacadas por orden del conde de Artois en las oficinas de la guardia nacional y entregadas á los principales ministros extranjeros residentes en París.

Aquella Memoria, conocida con el nombre de *nota secreta*, debió su principal importancia á las circunstancias del momento. En él se desarrollaba su primera frase que decía: «La Revolución lo ocupa todo, desde el gabinete del rey, que es el foco, hasta las últimas clases de la nación que en todas partes agita con violencia. La situación y la marcha actual del Gobierno conducen al triunfo seguro y próximo de la Revolución.» Sentado este principio, el autor (M. de Vitrolles) examina los diferentes medios de «salvar á Francia de los furios revolucionarios. Cinco combinaciones, añadía, pueden presentarse á diferentes espíritus: 1.ª, repartir la Francia ú ocuparla militarmente; 2.ª, colocar una nueva dinastía en el trono; 3.ª, destruir el gobierno representativo; 4.ª, atraer nuevamente el rey y sus actuales ministros á los principios que pueden consolidar la monarquía; 5.ª, cambiar el sistema de gobierno cambiando los ministros que lo dirigen.» El autor se niega á discutir el primer medio, que califica de pensamiento execrable, y se contenta con añadir: que los soberanos se engañarían si creyesen que los 120.000 hombres del cuerpo de ocupación bastarían para reprimir la insurrección después que hubiese estallado; que Europa no podría intervenir, porque esta vez no se la vería llegar sino con el horror que inspira siempre el enemigo; que el príncipe ó el partido que volviese á llamar á los aliados se haría odioso en concepto de la nación entera y sería rechazado con ellos; y que una nueva invasión convertiría la Francia en una especie de campamento,

en una ciudadela impenetrable cuya población entera constituiría la guarnición. En cuanto al establecimiento de una nueva dinastía, el autor pregunta qué vendría á ser ese principio de *legitimidad*, tan solemnemente proclamado y conservador de pueblos y de reyes; además un rey revolucionario no podría fundar ni conservar nada, y si discute esta cuestión, como la de la ocupación militar de Francia y del reparto de sus provincias, es tan sólo para completar el cuadro de todas las suposiciones. ¿Se apelaría al tercer medio, que consiste en destruir al gobierno representativo? Semejante tentativa sería imposible; no habría medio de restablecer lo que se llama *el antiguo régimen*, del cual ni el polvo queda. ¿Podría al menos abrigarse la esperanza de volver á traer los ministros *actuales* á los principios que pueden establecer una monarquía? El autor declara que esta cuarta combinación es igualmente imposible. Queda, pues, como único medio de salvación esta última combinación: *cambiar el sistema de gobierno cambiando el ministerio*. Y este cambio es lo que el autor de la nota pide á los soberanos.

Decazes hizo publicar desde luego en la prensa extranjera largos fragmentos de esta nota, esperando que la opinión pública se sublevaría en Francia contra sus autores; pero las preocupaciones de partido son tales, en medio de las luchas políticas, que, al principio, los independientes no vieron en aquel llamamiento á los soberanos de Europa más que un ataque dirigido contra el ministro de Policía y sus compañeros de gabinete, y un incidente favorable á su propia oposición. Tampoco habían de lograr su objeto el conde de Artois y sus amigos; las falsas alarmas que habían acompañado el envío de la famosa Memoria atenuaron su influencia. El emperador de Austria y el rey de Prusia, al recibir las primeras visitas de Richelieu en Aquisgrán, le habían hablado de la ley electoral y de la ley de reclutamiento, como de medios de perturbación temibles para la tranquilidad de Francia y de toda Europa, si el espíritu de revolución se apoderase de ellas; y ambos, con tal motivo, habían dejado entrever algunos temores acerca del resultado de una desocupación militar demasiado pronta. Alejandro, sin emplear el mismo lenguaje, había interrogado también á Richelieu sobre el estado político de Francia. El primer ministro de Luis XVIII había contestado que Europa nada tenía que temer; que no había peligro de ninguna nueva explosión revolucionaria y que, en todo caso, el Gobierno real se encontraba bastante fuerte para reprimir toda tentativa de trastorno. «Vuestra palabra me basta, había replicado el emperador de Rusia; yo me encargo de disipar todas las dudas y todas las dificultades que pudieran retrasar la evacuación.» Como se ha visto, el czar había cumplido su promesa. Pero mientras que en Aquisgrán se relegaba la nota secreta á un olvido que, sin embargo, no había de durar mucho, Decazes se esforzaba en París en mover la opinión pública con motivo de la *memoria* en cuestión, que hacía distribuir profusamente, precedida de un largo y vehemente prefacio en que entregaba á los autores á la indignación y al odio del país, convirtiéndola en arma contra los ultrarrealistas en la lucha electoral que acababa de empeñarse, y cuyo resultado era entonces la única preocupación de todos los partidos.

Una real orden de 26 de septiembre había convocado para los días 20 y 26 de octubre los colegios electorales de veinte departamentos, diez y siete de los cuales habían de elegir 52 diputados que componían la segunda serie; los otros tres habían de nombrar tres diputados en substitución de miembros fallecidos ó dimisionarios. Independientes y realistas exclusivos trabajaban en favor de sus candidatos desde antes de la convocatoria. En otro lugar hemos dicho el apoyo prestado á estos últimos, durante las elecciones anteriores, por la Congregación y por el personal administrativo de la guardia nacional. Esta administración, completamente independiente de los ministros, constituye una especie de potencia al mismo tiempo militar y civil, que tenía en el conde de Artois un jefe incontestable; en los ayudantes de este príncipe, directores únicamente á él sumisos, y en los oficiales superiores de la guardia nacional de cada departamento, instrumentos tanto más activos y fieles, cuanto que sus grados y empleos estaban á la disposición absoluta del hermano del rey. Decazes resolvió quitar aquella fuerza á los ultrarrealistas, y propuso, no que se destituyera al hermano del rey, sino dejarle únicamente los honores del cargo: el príncipe conservaría el título de coronel general sin autoridad. No había que temer los escrúpulos de Luis XVIII: irritado por la *nota secreta*, en que se apelaba al extranjero contra el libre ejercicio de su prerrogativa; seriamente alarmado con aquella supuesta conspiración, sometida entonces á la acción de los tribunales, y en la cual se le hacía ver un complot tramado contra su poder y su vida, el rey no podía considerar la destrucción de una fuerza colocada enteramente en manos de los amigos de su hermano sino como un acto de defensa personal. Tampoco tenía que temer Decazes la oposición de Lainé, que había de asumir, como ministro del Interior, la responsabilidad de la medida: nadie mejor que él tocaba los inconvenientes de aquella organización anormal, que ofrecía el extraño espectáculo de una institución de policía civil que el ministro del Interior no podía dirigir ni vigilar; de una fuerza exclusivamente departamental y municipal, de la cual no podían, sin embargo, disponer los administradores de los departamentos y de los municipios. La simulada destitución del conde de Artois fué cosa decidida, y el 30 de septiembre, cuatro días antes de la convocatoria de los comicios, una real orden suprimió la administración de la guardia nacional tal como la instituyera Vaublanc en 1815, poniendo esta guardia á disposición de las autoridades civiles, bajo la dirección del ministro del Interior.

Aquel acto, que quitaba á los realistas una especie de arma cuya organización constituía uno de los principales cuidados de sus jefes, llevó al colmo la exaltación de aquel partido contra el ministro de Policía. El conde de Artois, sus dos hijos y la duquesa de Angulema se resintieron vivamente de la injuria; desde aquel momento, una línea profunda separó á Luis XVIII de los demás individuos de su familia. No se crea, sin embargo, que aquella especie de golpe de Estado fuese indicio de algún conflicto entre el partido de los privilegios y el de los intereses generales del país; la lucha permanecía circunscrita en la corte; existía más bien entre dos influencias que entre dos principios. Esto explica que, á pesar de los golpes asestados contra los

realistas exclusivos y su jefe por el más influyente de los ministros, los electores independientes votasen luego candidatos no menos hostiles al ministerio que á sus adversarios ultrarrealistas.

Si los hombres de 1815, que seguían ocupando los altos puestos políticos y administrativos, se mostraban menos violentos y menos perseguidores que antes, su impunidad y el favor que continuaba prestándose el ministerio eran aún motivo constante de irritación para la multitud de ciudadanos que habían tenido que sufrir sus amenazas, sus insultos y sus persecuciones. Poco les importaba la guerra palaciega en que figuraban como principales enemigos Decazes y el conde de Artois. Lo que los electores querían eran reparaciones; y la administración superior no sólo no daba satisfacción alguna á sus pasados atropellos, ni la menor garantía para el porvenir, sino que los altos puestos vacantes en el orden judicial, por ejemplo, servían para recompensar á los magistrados más odiados por sus rigores. Rechazando á los candidatos ministeriales, la mayoría de los electores de la clase media realizaba menos un acto de oposición á los ministros que una protesta contra los excesos de los tres últimos años. El enemigo contra quien se disponían á votar eran los pequeños déspotas que desde 1815 ocupaban las subprefecturas, los tribunales y las alcaldías. Pero semejante disposición hubiera resultado quizá estéril, si una dirección hábil y una inteligencia perfecta no hubiesen reunido todas las voluntades y guiado todos los votos.

Hemos dicho más arriba de qué manera se formó el comité electoral de los *independientes*. Este comité había extendido sus relaciones y fortificado su organización después de las elecciones de 1817; seguía reuniéndose en casa de los generales Lafayette y Thiard y en la de Benjamín Constant; el número de sus miembros había aumentado considerablemente, y entre ellos figuraban ocho ó diez diputados de los más activos, algunos propietarios opulentos, escritores, hombres de ciencia y hasta banqueros. La organización de sus trabajos electorales, unida á la fidelidad y al celo de los electores, habían de triunfar en las nuevas elecciones sobre los halagos y amenazas con que el ministerio procuraba apartar á los candidatos independientes. La lucha no iba á entablarse seriamente más que entre éstos y los candidatos ministeriales, casi todos funcionarios públicos; los ultrarrealistas habían de quedar vencidos, en cierto modo, sin combatir; en varios colegios ni siquiera presentaron candidatos. Las calificaciones inscritas en las listas de candidatura publicadas por los periódicos independientes caracterizan las luchas de la época: sus candidatos son todos *propietarios, comerciantes, abogados, generales ó funcionarios retirados*; mientras que los ministeriales prestan servicios activos en la *administración, la magistratura ó el ejército*. Los ultrarrealistas son *marqueses, condes, emigrados, nobles ó gentiles-hombres*. «¡Fuera antiguos privilegiados ni funcionarios!» decían los independientes. «¡Fuera diputados que por su posición no dependan del Gobierno!» contestaban los ministros. Las elecciones terminaron el 27 de octubre. Los diputados salientes eran 16 ultrarrealistas, 36 ministeriales y 3 independientes; y el escrutinio dió por resultado la proclamación de 4 ultrarrealistas, 28 ministeriales y 23 independientes. Entre estos últimos había

catorce representantes de la Cámara de los Cien días.

Los periódicos y los jefes del partido ultrarrealista dieron un grito de alarma que repercutió hasta en Aquisgrán, impresionando á los soberanos y á los diplomáticos que aún se hallaban en dicha ciudad ultimando las estipulaciones financieras del tratado de desocupación militar. Espectadores atentos de aquella lucha electoral, les sorprendió el resultado, sin acertar á comprender la súbita reaparición en la escena política, después de tres años de silencio y olvido, de aquel general Lafayette, cuyo recuerdo iba unido á la caída de la antigua monarquía; del general Grenier, colega de la regicida Carnot en el último Gobierno provisional; de Manuel, aquel orador de la Cámara de representantes, cuyo nombre, para los contemporáneos, era entonces inseparable de la supuesta proclama de Napoleón II. ¿Francia se hallaba por ventura en vísperas de una verdadera revolución política? Entonces se recordaron los avisos de la *nota secreta*, y no hubo diplomático extranjero que no creyese descubrir en sus vaticinios el porvenir de la Francia monárquica. Los monarcas y representantes extranjeros excitaron á Richelieu, que aún se hallaba en la conferencia, para que modificase la marcha del Gobierno. El primer ministro de Luis XVIII prometió reconciliarse con los ultrarrealistas, comprometiéndose á cambiar la ley electoral. Pero aquellas garantías no eran suficientes para calmar las inquietudes que acababan de asaltar á los soberanos y se acordó una nueva cuádruple alianza.

El 1.º de noviembre, cuando los miembros de la conferencia aún no conocían sino imperfectamente el resultado de las elecciones, los ocho firmantes extranjeros del tratado de desocupación militar dirigieron á Richelieu una nota en que le anunciaban, en nombre de sus monarcas, «que después de haber examinado con madurez el estado interior de Francia, y seguros del *afianzamiento de su tranquilidad*, rogaban á Su Majestad Muy Católica que uniese en adelante sus consejos y sus esfuerzos á los de las otras cortes, é invitaban á su representante á que tomase parte en sus deliberaciones presentes y futuras en todo lo que se relacionase con el mantenimiento de la paz y la ejecución de los tratados.» El día 12, Richelieu contestó que «el rey, su amo y señor, había acogido con verdadera satisfacción el ofrecimiento de los aliados y le había autorizado á tomar parte en todas las deliberaciones que tuviesen por objeto mantener y consolidar los derechos y las relaciones establecidos por los tratados entre los diferentes Estados de Europa.»

Aquellas dos notas parecían establecer para Francia una situación nueva; cesaba su aislamiento; entraba en el concierto europeo; el día 15, un *protocolo* y una *declaración*, firmados por Richelieu y los ministros de las cuatro potencias, dieron á aquel doble resultado la aparente garantía de un convenio diplomático. El *protocolo* proclamaba la unión íntima de las cinco potencias, la declaraba real y duradera, y estipulaba que, si había necesidad de reuniones ulteriores, las deliberaciones se tomarían en *común*. La *declaración* confirmaba en términos solemnes aquella alianza, imprimiéndole el carácter de un compromiso casi religioso. Pero la sinceridad de la diplomacia es tal, que el mismo día en que Metternich, Castlereagh y demás ministros extranjeros

de la conferencia firmaban aquellas protestas de unión íntima, sincera é indisoluble con Francia, se coligaban por tercera vez contra esta nación, firmando los dos tratados que vamos á analizar.

El primero, recordando las disposiciones del tratado secreto de 20 de noviembre de 1815, le renovaba en todo su vigor, y contenía el compromiso, entre las cuatro cortes de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, «de concertarse, en reuniones particulares, sobre los medios más propios para evitar los funestos efectos de un nuevo trastorno revolucionario de que Francia parecía estar amenazada.» Este tratado establecía el principio de la nueva coalición; el segundo reglamentaba los medios de ejecutarla, estipulando que el contingente que cada potencia tuviese que proporcionar sería el fijado por los artículos 7, 8 y 12 del tratado de Chaumont; que el cuerpo británico se reuniría en Bruselas, el prusiano en Colonia, el austriaco en Stuttgart y el ruso en Maguncia; y que el rey de los Países Bajos, en caso de esta reunión de ejércitos, entregaría á las tropas inglesas las fortalezas de Ostende, Nieuport é Iprés, así como también las plazas del Escalda, y á las tropas prusianas las ciudadelas de Huy, Namur y Dinán, las plazas de Charleroi, Marienburg y Philippeville. Ambos tratados llevaban la fecha de 15 de noviembre; el 18, las conferencias de Aquisgrán fueron disueltas, después de haber pasado por tres fases: la primera fué un período de unión, en que la Francia no encontró más que disposiciones amistosas; la segunda fué un compás de espera ocasionado por la ausencia de los soberanos y por el arreglo de los convenios pecuniarios; la tercera tuvo un carácter pronunciado de hostilidad á Francia y vió renovar contra ésta la coalición de toda Europa. Los antiguos y los nuevos tratados presentaban, sin embargo, una diferencia: los de 1814 y 1815 iban exclusivamente dirigidos contra *el espíritu de conquista*; el tratado de 1818 tenía por objeto el combatir *el espíritu de revolución*.

Como el duque de Richelieu no pudo regresar á París hasta el 28 de noviembre, se aplazó para el 10 de diciembre la apertura de las Cámaras, que había de verificarse diez días antes. Resuelto á cumplir la palabra dada á los aliados, empezó una campaña de reconciliación con los ultrarrealistas; campaña que Decazes vió con recelo, pues comprendió que el primer resultado de la misma sería la pérdida de su cartera, fuesen cuales fuesen las intenciones del presidente del Consejo. Y como Decazes no sólo no quería caer, sino que aspiraba á la presidencia del Gabinete, resolvió poner á prueba su poderío tomando él mismo la iniciativa de una ruptura. La primera vez que los ministros se reunieron en consejo después de la vuelta de Richelieu, Decazes hizo observar que las leyes votadas durante la primera legislatura y las que próximamente habría que presentar le dejarían en cierta manera sin atribuciones; que la supresión de su departamento, reclamado á voz en cuello desde hacía dos años por la oposición realista y por los independientes, sería probablemente votada en el momento de discutirse los presupuestos; que su dimisión era, pues, un sacrificio necesario y que creía deberla presentar inmediatamente al consejo. Esta brusca declaración llenó de asombro y de alarma á los demás ministros, que por unanimidad rechazaron la dimisión.

El carácter y el corazón eran más elevados en Richelieu que la inteligencia política. No había pensado desprenderse de Decazes; estaba convencido de que el gabinete podía reconciliarse con los ultrarrealistas sin sacrificarles persona alguna. La impresión del ministerio de Policía era una de las medidas reclamadas con más insistencia por los oradores de dicho partido; el mismo Decazes lo proponía; ¿no podía dárselos esta primera satisfacción sin privarse de los servicios de un ministro útil y particularmente grato al rey? Momentos después del consejo, Richelieu hizo ofrecer á Lainé, en

éxito había causado al mundo tanta sangre y tantas lágrimas,» amenazas que iban dirigidas á los *independientes*, tan adversarios de Richelieu como de Decazes, tal era, en suma, lo que contenía el discurso pronunciado por Luis XVIII el 10 de diciembre en el acto de la apertura de las Cámaras. Dos días después se reunieron los ministros en casa del presidente para determinar la marcha del consejo durante la legislatura. En esta primera reunión nada se acordó en concreto, pero se echó de ver que el gabinete se hallaba dividido por un profundo disenso. En varias reuniones suce-



Humann.—Chovier  
Tardif.—Royer-Collard.—Barón Méchin.—Coudert  
General Thiard.—Bouchard d'Escarnaux.—Devaux.—De Girardin.—Basterrèche.—Barón de Turckheim  
Hachlin.—Casimiro Périer.—Benjamin Constant.—General Foy

La oposición liberal bajo el reinado de Luis XVIII, copia de una litografía de época. (Colección del Museo Carnavalet.)

cambio de la cartera del Interior, que éste cedía á Decazes, el puesto de Pasquier, que pasaría del ministerio de la Justicia al de la Casa Real, que volvería á restablecerse. Pasquier manifestó que aceptaría cualquier cambio de cartera; pero Lainé, menos complaciente, contestó desde luego que seguiría siendo ministro del Interior ó se retiraría, y pocas horas después envió su dimisión. Sin embargo, consintió en retirarla al ver que Richelieu amenazaba con presentar la suya. Decazes, á su vez, declaró que no persistía en su resolución, y se acordó afrontar las Cámaras sin más cambio ministerial que la substitución de Corvetto, que quiso retirarse, por Roy, en el departamento de Hacienda.

El día 9 de diciembre, el consejo acordó el discurso de apertura de las Cámaras, documento que se resentía de la situación moral del ministerio y no abordaba ninguna cuestión de política interior. Un párrafo feliz sobre la desocupación del territorio; una frase piadosa sobre la próxima ceremonia de la consagración de Luis XVIII, acontecimiento que no había de realizarse jamás; una diatriba contra «esos principios que bajo la libertad atacan el orden social, que conducen por medio de la anarquía al poder absoluto, y cuyo funesto

resultado se fué acentuando. Mientras que Richelieu, Lainé, Molé, Pasquier y Roy iniciaban una política de reconciliación con los ultrarrealistas, Gouvió-Saint-Cyr y Decazes opinaban que el gabinete, lejos de cambiar de marcha en nada, había de ceñirse más que nunca á la ley electoral vigente. Richelieu y Decazes, cada uno por su lado, hacían ofrecimientos de carteras, en previsión de un cambio de política que pusiese á uno ó al otro en el caso de tener que formar nuevo ministerio. Ambos esperaban el resultado de la constitución de las mesas de una y otra Cámara. La de los pares resultó enteramente ultrarrealista. En cambio los representantes eligieron para las vicepresidencias y secretarías diputados opuestos á toda modificación de la ley electoral. Este resultado irritó á Molé, que había respondido del triunfo de sus candidatos, y no solamente se negó á continuar al lado de Decazes, á quien acusó de haberse burlado del gabinete con sus trabajos de zapa en la Cámara electiva, sino que arrastró á Lainé y al mismo Richelieu en la dimisión. Pasquier siguió el ejemplo y el mismo Decazes entregó su cartera. Molé llevó las cinco dimisiones al rey. Este se encontraba de pronto sin ministros, cuando creía haberles puesto de

acuerdo en el último consejo por él presidido y en el momento en que una y otra Cámara discutían su mensaje en contestación al discurso de la Corona. Inmediatamente llamó á Richelieu, á quien se quejó amargamente de la situación difícil en que le colocaba aquella retirada en masa del ministerio y suplicó que retirase la dimisión. Richelieu prometió contestar al día siguiente, y, en efecto, escribió al monarca una noble carta en que decía que su misión había concluído con la solución de los grandes asuntos pendientes con el extranjero, y que no se sentía con aptitudes ni capacidad bastantes para dirigir la política interior. Luego añadía: «Debo decir á Vuestra Majestad que si persiste en quererme retener, á pesar de las razones que le doy, no puedo ni debo negarme; mas para que mis servicios no sean desde luego enteramente inútiles, es necesario restablecer en el ministerio una unidad de opinión que no existe ya. Vuestra Majestad sabe si quiero y aprecio á M. Decazes: estos sentimientos son y serán siempre los mismos. Pero, por una parte, ultrajado sin razón por un partido cuyas imprudencias nos han causado tantos malos (los ultrarrealistas), le es imposible á M. Decazes reconciliarse con ese partido; por otra parte, empujado hacia un lado cuyas doctrinas nos amenazan mucho más (los independientes), todos los hombres opuestos al ministerio, mientras no se le confíen fuera de Francia eminentes funciones, le considerarán como objeto de sus esperanzas, y será, bien á pesar suyo, un obstáculo para la marcha del gobierno...»

Aunque Luis XVIII no había interrumpido sus relaciones con Decazes, contestó al duque de Richelieu que persistía en confiarle la formación del nuevo ministerio, y consintió en separar al ministro de Policía; pero, objetando el rigor de la estación, como también la conveniencia de un plazo que quitase á la resolución el carácter de un destierro, obtuvo de Richelieu que Decazes, en vez de partir inmediatamente para Nápoles ó San Petersburgo, como había propuesto el duque, se retiraría interinamente á Liorna. Richelieu tropezó con dificultades invencibles para la formación de gabinete. Varios de los hombres políticos á quienes ofreció diferentes carteras no quisieron aceptarlas, convencidos de que ningún ministerio podía durar, teniendo que destruir una ley (la ley electoral) que la Cámara sostenía hasta en su mensaje á la Corona, y teniendo que luchar con un consejero íntimo que conservaba toda

la confianza del rey, á pesar de su alejamiento de la corte.

Desconcertado por aquellas luchas, que repugnaban á sus costumbres y á su carácter, herido en su amor propio, cayó repentinamente enfermo, y transmitió al rey su renuncia formal á la misión de reformar el gabinete. Semejante misión recaía entonces en Decazes, que la esperaba con toda seguridad; confiósele el rey y él la aceptó, rogando á Richelieu que designase él mismo su sucesor en la presidencia del consejo. El duque propuso á los mariscales de Francia Macdonald ó Marmont. Gouvión-Saint-Cyr regentaba ya la cartera de la Guerra; admitir á otro mariscal en un ministerio compuesto únicamente de seis miembros, era dar una parte demasiado considerable á esta graduación; Decazes buscó otra persona. Hojeando el *Almanaque real*, tropezó con el nombre del marqués Dessolle, general que asistió á la conferencia que, en la noche del 4 al 5 de abril de 1814, decidió la caída del Imperio y que estaba en relaciones muy amistosas con el emperador de Rusia; su nombramiento no podía desagradar á Alejandro. El rey, previamente consultado, aprobó la elección, y Dessolle aceptó el ofrecimiento. Decazes completó el ministerio dando la cartera de Justicia á M. de Serres, entonces presidente de la Cámara electiva, orador elocuente, hombre de elevado carácter y político de reconocida moralidad; la cartera de Hacienda al barón Luis, que ya la había desempeñado, y la de Marina á M. Portal, consejero de Estado; Gouvión-Saint-Cyr conservó la de Guerra y Decazes se quedó con la del Interior, quedando suprimido el ministerio de Policía.

Esta combinación puso fin á la crisis que durante un mes había tenido en suspenso la acción gubernamental y fuera de quicios á la gente política de París. Semejante solución había de dar lugar á muy diversos pronósticos. Los realistas la recibieron con gritos de cólera ó con triste silencio; sus adversarios cantaron victoria. Los primeros auguraban destituciones en masa y una nueva erupción del volcán revolucionario que sepultaría á la monarquía; los segundos veían desaparecer todas las leyes de excepción, esperando que el gobierno entraría al fin en la senda del progreso político y de las reparaciones. Unos y otros se engañaban, pues ni tales temores ni semejantes esperanzas habían de realizarse, como se verá en la reseña de los acontecimientos del año de 1819, que iba á principiar dos días después.

## CAPITULO OCTAVO

Legislatura de 1818-1819. Proposición de una recompensa nacional al duque de Richelieu; carta de este ex ministro. Proyecto de dotación presentado por el gobierno; discusión; los mayorazgos; Manuel y Pasquier. Proyecto de ley para el cambio del año económico; su discusión; su aprobación.—Cámara de los Pares: los cardenalistas: proposición Barthelemy para el cambio de la ley electoral. Agitación en París y en provincias. Discusión de la proposición en la Cámara hereditaria; viva oposición de los ministros; la proposición es aprobada. Los Pares desechan el proyecto de ley sobre el cambio del año económico.—Creación de sesenta y un Pares de Francia. Sensación causada por esta medida.—Discusión de la proposición Barthelemy en la Cámara de los diputados; la proposición es desechada.—Legislación sobre la imprenta.—Presentación de tres proyectos de ley estableciendo la libertad de imprenta; su discusión y su aprobación en ambas Cámaras.—Peticiónes en favor de los desterrados; declaración de M. de Serre; ruptura entre el ministerio y los independientes; últimas discusiones; fin de la legislatura.—Actitud del partido realista. Misiones de Francia; su origen; su organización; Rouzan y Forbin-Janson; misiones de Angers y Clermont; calvario del Monte Valeriano; disturbios en Brest á causa de los misioneros.—Estado de la opinión; los liberales; situación interior; motines de estudiantes.—Proceso de Bavoux. Sociedades políticas. La Unión; los Amigos de la libertad de imprenta; influencia de esta última sociedad; su disolución. Comité de acción; primer proyecto en favor del príncipe de Orange; nuevas proposiciones para poner á este príncipe en lugar de Luis XVIII; su fracaso.—Elecciones para la renovación parcial de la Cámara; el padre Grégoire; resultado general de las elecciones.—Decazes se propone modificar la ley electoral; escisión en el gabinete; los generales Gouvión-Saint-Cyr y Dessolle y el barón Luis se retiran; son substituídos por el general Latour-Maubourg y los señores Pasquier y Roy. Principio de la legislatura; discurso de la Corona; debates con motivo del acta del padre Grégoire; su invalidación. Posición de Decazes. Nueva agitación.

La legislatura, abierta el 10 de diciembre de 1818, en plena crisis ministerial, no empezó realmente hasta el 28 de enero inmediato, un mes después de la formación del nuevo gabinete.

No había un solo miembro de ambas Cámaras que no supiese que el duque de Richelieu se retiraba de la política sin la menor fortuna personal. Un par de Francia, el marqués de Lally-Tollendal, y un diputado, el barón Delessert, interpretando los sentimientos de gran número de sus colegas, quisieron que el negociador de Aquisgrán recibiese, por la desocupación militar del territorio, otro pago que la pérdida de su posición ministerial. El 30 y el 31 de diciembre presentaron respectivamente en una y otra Cámara una proposición para que el Estado concediese al duque de Richelieu una recompensa proporcionada á la eminencia de sus servicios y á su desinterés. Al tener noticia de dichas proposiciones, Richelieu escribió al presidente de cada Asamblea una carta que merece reproducirse como ejemplo de alto patriotismo y grandeza de alma:

«Señor Presidente:

»Enterado de una proposición hecha respecto á mí en la Cámara, me tomo la libertad de dirigiros algunas observaciones.

»Me sentiría demasiado honrado con un testimonio de benevolencia dado por el rey, con el concurso de ambas Cámaras, para concebir la idea de declinarlo. Pero, señor presidente, he sabido por los periódicos que se trataba de concederme, por cuenta del Estado, una recompensa nacional. No puedo resolverme á ver añadir, por mi causa, lo más mínimo á las cargas que pesan sobre la nación.

»Si en el transcurso de mi ministerio tuve la dicha de prestar algunos servicios á Francia y de concurrir últimamente á la liberación de su territorio, no por esto me tiene el alma contristada el saber las enormes deudas que agobian á mi patria. Ésta ha sufrido demasiadas calamidades, son demasiados los ciudadanos sumidos en la desgracia y hay demasiadas pérdidas que

reparar, para que yo pueda ver elevarse mi fortuna en tales circunstancias. El aprecio de mi país, la bondad del rey y el testimonio de mi conciencia me bastan.

»RICHELIEU.»

A pesar de esta carta, la proposición de Lally-Tollendal y Delessert fué tomada en consideración en las dos Cámaras; y el general Dessolle, presidente del Consejo, presentó á la Cámara de los diputados un proyecto de ley estableciendo «en favor del duque de Richelieu, par de Francia, como recompensa nacional, un mayorazgo de 50.000 francos de renta, afecto á su dignidad de par y transmisible como tal, mayorazgo que se componía de bienes inmuebles elegidos por el rey entre los dominios asignados á su lista civil por la ley de 8 de noviembre de 1814.» De modo que era la Corona, y no el Estado, la que hacía el donativo; pero como los bienes afectos á la dotación de la monarquía eran enajenables, intervenían las Cámaras para sancionar desde luego el donativo, y después la enajenación de las propiedades destinadas á formar el nuevo mayorazgo. Viendo en la enajenación pedida una doble violación del pacto fundamental y de la ley de 8 de noviembre de 1814, relativa á la lista civil de Luis XVIII, la comisión parlamentaria encargada de emitir dictamen sobre la proposición opinó que la dotación del duque se hiciese, no sobre los bienes de la lista civil, sino sobre los dominios del Estado, y la Cámara, después de acalorados debates, aprobóla con esta enmienda por 124 votos contra 95. La Cámara de los pares la aprobó á su vez, casi sin discusión.

Firmante del tratado de 20 de noviembre que libró el territorio francés de un millón de soldados extranjeros; negociador del convenio de Aquisgrán que acababa de completar la liberación de las provincias, Richelieu había obtenido además, en 1815 y 1818, merced á su sola influencia personal, una disminución de varios centenares de millones sobre las cargas que el extranjero